



Solsticio siniestro

*Cuentos para las noches
más largas*



*Traducción del inglés a cargo de
Ce Santiago, Olalla García,
Enrique Maldonado Roldán e
Isabel Márquez Méndez*



IMPEDIMENTA



EL MANZANO
DAPHNE DU MAURIER



PUBLICADO POR PRIMERA VEZ EN

The Apple Tree:
A Short Novel and Several Long Stories

• 1952 •

DAPHNE DU MAURIER

1907-1989

Daphne du Maurier (1907-1989) no necesita presentaciones, y tanto su historia como su biografía están bien documentadas. Sin embargo, «El manzano» nos proporciona una visión sorprendente de su vida y, en especial, de su matrimonio. Entre finales de los años treinta e inicios de los cuarenta, Du Maurier pasó con su marido una temporada en Egipto, pero, al estallar la Segunda Guerra Mundial, se mudó a Cornwall con sus hijos y empezó a sentirse distanciada de él. Incluso en tiempos de paz, Du Maurier y su marido pasaban la semana separados y las tensiones que inevitablemente aquello suscitaba influenciaron su ficción.

«El manzano» narra la historia de un viudo que, sin llegar a celebrar la muerte de su esposa, no encuentra el modo de llorarla. Con el transcurso de los meses, se ve atraído por dos manzanos de su jardín: uno joven y delgado, otro siniestro y amenazante. La tensión crece a medida que se acercan el invierno y la horrible y nevada conclusión. Como muchas de las obras de Du Maurier, la línea entre el terror sobrenatural y el thriller psicológico es difusa.

—LUCY EVANS

Tres meses después de la muerte de su mujer reparó en el manzano por primera vez. Sabía de su existencia, por supuesto, junto con los demás que se alzaban en el jardín delantero de la casa, un terreno que ascendía hacia el campo a lo lejos. Sin embargo, nunca había tenido constancia de que el aspecto de aquel árbol en particular fuese distinto del de los demás; solo que era el tercero por la izquierda, que estaba un poco apartado del resto y más inclinado hacia la terraza.

Hacía una mañana bonita y despejada de principios de primavera, y estaba afeitándose junto a la ventana abierta. Al asomarse para olisquear el aire, con espuma en la cara y la maquinilla en la mano, su mirada se posó en el manzano. Fue un efecto de la luz, quizá, algo relacionado con el modo en que el sol ascendía sobre el bosque y por casualidad iluminaba el árbol en aquel momento concreto; pero el parecido era inconfundible.

Dejó la maquinilla sobre el alféizar y se fijó mejor. Era un árbol esmirriado y de una delgadez deprimente, carecía de la nudosa solidez de sus compañeros. Sus escasas ramas, que crecían muy arriba del tronco como hombros estrechos en un cuerpo alto, se abrían con la resignación del mártir, como si el aire de la mañana le diera frío. El rollo de alambre que rodeaba el árbol y cubría desde la cepa hasta casi la mitad del tronco parecía una falda gris de *tweed* que tapara unas piernas flacas; mientras que la rama más alta, que sobresalía hacia lo alto por encima de las de abajo,

aunque ligeramente combada, podría haber sido una cabeza gacha, proyectada hacia delante en actitud de agotamiento.

Cuántas veces había visto a Midge en esa misma postura, abatida. Daba igual donde estuviera, en el jardín o en la casa, o incluso de compras en el pueblo, siempre adoptaba la misma postura encorvada que sugería que la vida la trataba mal, que sus conciudadanos la habían escogido para que llevara a costas una carga imposible, pero que, pese a todo, aguantaría hasta el final sin quejarse.

—Midge, se te ve agotada, ¡por el amor de Dios, siéntate y descansa un rato!

Palabras que eran recibidas con el inevitable encogimiento de hombros, el inevitable suspiro.

—Alguien tiene que ocuparse de las cosas.

Y tras enderezarse se embarcaba en la sombría rutina de tareas innecesarias que se había obligado a hacer, día tras día, a lo largo de los años interminables e indistinguibles.

Siguió contemplando el manzano. Aquella posición encorvada de mártir, la copa combada, las ramas exhaustas, las escasas hojas amustiadas que no se habían llevado el viento ni las lluvias del pasado invierno y que ahora se estremecían en la brisa primaveral como cabello ralo; todo se quejaba en silencio al dueño del jardín que lo contemplaba: «Estoy así por tu culpa, por culpa de tu dejadez».

Se apartó de la ventana y siguió afeitándose. No iba a dejarse llevar por sus imaginaciones ni a construir fantasías mentales justo cuando por fin empezaba a acostumbrarse a la libertad. Se duchó, se vistió y bajó a desayunar. Unos huevos con beicon le esperaban en el calentaplatos, y se los llevó a la mesa puesta solo para él. *The Times*, bien plegado y nuevo, esperaba su lectura. Con Midge en vida, se lo ofrecía a ella primero, una vieja costumbre, y cuando ella se lo devolvía después de desayunar para que se lo llevara al estudio, las páginas siempre estaban desordenadas y dobladas a las bravas, lo que echaba a perder en parte el placer de

la lectura. Además, las noticias le sabían manidas después de que ella hubiese leído las más serias en voz alta, una costumbre matutina suya que llevaba a rajatabla, y siempre añadía a lo que leía algún comentario despectivo de cosecha propia. El nacimiento de la hija de unos amigos comunes le hacía chasquear la lengua y menear ligeramente la cabeza: «Pobrecitos, otra niña», o, si era un hijo, «Cosa sería lo de educar a un niño hoy día». Como no tenían hijos, él pensaba que era algo psicológico que recibiera con tal rencor la llegada al mundo de toda nueva vida; pero con el paso del tiempo esta se convirtió en su actitud ante cualquier cosa luminosa o alegre, como si una plaga devastadora hubiera terminado con el buen humor.

—Dice aquí que este año se ha ido de vacaciones más gente que nunca. Esperemos que lo hayan pasado bien, al menos. —Pero en sus palabras no había esperanza alguna, solo menosprecio. Luego, terminado el desayuno, echaba la silla hacia atrás, suspiraba y decía—: Ay, en fin...

Y dejaba la frase a medias; pero el suspiro, el encogimiento de hombros, la espalda larga y delgada encorvada mientras se inclinaba para recoger los platos de la mesita —y ahorrarle así trabajo a la asistenta—, todo formaba parte del prolongado reproche, dirigido a él, que con el paso de los años había deteriorado su convivencia.

Callado, puntilloso, le abría la puerta para que entrara en la cocina, y ella pasaba a su lado con esfuerzo, encorvada bajo el peso de la bandeja cargada que no tenía necesidad de recoger; al poco, por la puerta entreabierta, él oía el siseo del agua del grifo del lavadero. Regresaba a su silla y se sentaba otra vez, con el *Times* arrugado, manchado de mermelada, apoyado contra el portatostadas; y de nuevo, con monótona insistencia, una pregunta le machacaba la mente: «¿Qué he hecho yo?».

No incordiaaba, no era eso. Las mujeres incordiantes, como las suegras incordiantes, eran chistes trillados de vodevil. No recordaba que Midge hubiese perdido nunca las formas o hubiese discutido con él. Pero aquella corriente subterránea de reproches,

mezclada con un sufrimiento de abolengo, estropeaba el ambiente de su hogar y le provocaba una sensación de furtivismo y culpa.

Si un día de lluvia él, acogiéndose a sagrado en su estudio, con la estufa eléctrica encendida, llenando el cuarto del humo de su pipa posdesayuno, se sentaba a su escritorio a fingir que escribía cartas, en realidad lo hacía por esconderse, por sentir la acogedora protección de cuatro paredes seguras que eran solo suyas. Entonces la puerta se abría y Midge, peleándose con un chubasquero, con el sombrero de fieltro de ala ancha calado hasta las cejas, se detenía y arrugaba la nariz, asqueada.

—¡Puaj! ¡Menudo tufo!

Él no decía nada, pero se removía ligeramente en su silla, tapando con el brazo la novela que sin pensarlo demasiado hubiese escogido de una estantería.

—¿No vas a ir al pueblo? —le preguntaba ella.

—No tenía intención.

—¡Ah! Ah, bueno, da igual. —Daba media vuelta hacia la puerta.

—¿Por? ¿Quieres que haga algo?

—Nada, el pescado del almuerzo. Los miércoles no hay reparto. Pero bueno, puedo ir yo si estás liado. Pensaba que...

Había salido ya del cuarto sin terminar la frase.

—Está bien, Midge —voceaba él—, ahora voy a por el coche y me acerco. No tiene sentido que te cales.

Creyendo que no lo había oído, salía al pasillo. Ella estaba de pie junto a la puerta abierta, bajo la llovizna. Con una cesta larga y plana sobre el brazo, poniéndose un par de guantes de jardinería.

—De todas formas voy a calarme —decía—, o sea que es igual. Fíjate qué flores, les hacen falta testigos. Iré a por el pescado cuando termine con ellas.

Discutir era inútil. Ya había tomado una decisión. Cerraba la puerta tras ella y se sentaba de nuevo en su estudio. Por algún motivo, el cuarto ya no le parecía tan acogedor, y poco después, al levantar la mirada hacia la ventana, la veía pasar a la carrera, con

el chubasquero ondeando y mal abotonado, pequeños regueros de agua en el ala del sombrero y la cesta del jardín repleta de margaritas moradas flácidas, muertas ya. Con remordimientos de conciencia, se agachaba a apagar una barra de la estufa eléctrica.

O digamos que era primavera, o era verano. Él de acá para allá sin sombrero en el jardín, con las manos en los bolsillos, sin pensar en otra cosa que sentir el sol en la nuca y perder la vista en el bosque y los campos y el río lento y sinuoso, y oía, en las habitaciones de arriba, cómo el quejido estridente de la aspiradora se ralentizaba de repente, se ahogaba y moría. Estaba en la terraza, y Midge lo llamaba a voces.

—¿Ibas a hacer algo? —decía ella.

Pues no. Era el olor de la primavera, del verano naciente, lo que lo había movido a salir al jardín. Era la deliciosa certeza de que, ahora que estaba jubilado y ya no trabajaba en la ciudad, el tiempo era algo sin importancia, algo que podía perder como le viniera en gana.

—No —decía—, y menos un día tan bonito. ¿Por?

—Bah, da igual —respondía ella—, otra vez el maldito desagüe de debajo de la ventana de la cocina, que no tira. Atascado del todo. Porque nadie se ocupa. Tendré que ponerme con él esta tarde.

Su rostro desaparecía de la ventana. De nuevo se oía un rugido ahogado, creciente, y la aspiradora retomaba el ritmo de su tarea. Qué tontería que una interrupción así pudiera empañar la claridad del día. No era la petición, ni la tarea en sí (limpiar un desagüe era, en realidad, una tontería de colegiales, como jugar con barro). Era aquel rostro tétrico asomado a la terraza a pleno sol, esa mano levantada sin ganas para echarse hacia atrás un mechón de pelo suelto y el inevitable suspiro antes de apartarse de la ventana, ese «Ojalá yo tuviese tiempo de estar al sol sin hacer nada. Ay, en fin...» que no había dicho.

En una ocasión se atrevió a preguntar por qué hacía falta limpiar tanto la casa. Por qué había que poner los cuartos patas arriba.

Por qué había que poner las sillas unas encima de otras, enrollar las alfombras y apiñar los adornos sobre una hoja de periódico. Y por qué había que sacar brillo a mano y a conciencia a los zócalos del pasillo de arriba, por donde nadie pasaba jamás, Midge y la asistente turnándose para gatear por el interminable pasillo como esclavas de otra época.

Midge se lo quedó mirando, sin entender.

—Serías el primero en quejarte —decía— si la casa estuviese hecha una pocilga. Te gusta tu comodidad.

De modo que vivían en mundos distintos, sus mentes nunca se encontraban. ¿Siempre había sido así? No lo recordaba. Llevaban casados casi veinticinco años y eran dos personas que, por mera costumbre, vivían bajo el mismo techo.

Cuando todavía trabajaba, parecía distinto. No lo había notado tanto. Iba a casa a comer y a dormir, y por la mañana cogía de nuevo el tren. Pero cuando se jubiló, tomó conciencia a la fuerza de la existencia de Midge, y la sensación de que vivía resentida y descontenta se hacía más intensa día tras día.

Finalmente, el año anterior a su muerte, se había sentido engullido por aquella sensación, hasta tal punto que echaba mano de cualquier mentirijilla con tal de librarse de ella: fingía que iba a Londres a cortarse el pelo, al dentista, a comer con un viejo amigo del gremio, y en realidad iba a sentarse junto a cualquier ventana del club, anónimo, en paz.

La enfermedad que se la llevó tuvo la piedad de ser rápida. Gripe, seguida de neumonía, y murió en una semana. Apenas sabía cómo había sucedido, salvo que, para variar, estaba agotada y se había resfriado, pero no guardaba cama. Una noche, al regresar a casa desde Londres en el último tren, después de pasar la tarde refugiado en el cine y hallar alivio en el disfrute de una multitud de gente cálida y amable —pues había sido un día desapacible de diciembre—, la encontró en el sótano agachada delante de la caldera, atizando y removiendo los trozos de coque.

Lo miró, blanca por la fatiga, con el rostro demacrado.

—Caramba, Midge, ¿qué demonios haces? —dijo.

—Es la caldera —dijo ella—, lleva todo el día dando problemas, se apaga. Tendremos que llamar para que vengan a verla mañana. Yo estas cosas no sé cómo resolverlas.

Tenía en la mejilla un churrete de polvo de carbón. Dejó caer el recio atizador al suelo del sótano. Empezó a toser, con la cara encogida por el dolor.

—Deberías estar en la cama —dijo—, habrase oído semejante ridiculez... ¿Qué diantres importará la caldera?

—Pensé que volverías pronto —dijo—, y que igual habrías sabido cómo arreglarlo. Ha sido un día desapacible, no se me ocurre qué habrás estado haciendo en Londres.

Subió despacio las escaleras del sótano, la espalda encorvada, y al llegar a lo más alto se detuvo temblando con los ojos medio cerrados.

—Si no es demasiada molestia —dijo—, te sirvo la cena ahora, así me lo quito de encima. Yo no quiero nada.

—Que le den a la cena —dijo él—, ya picaré algo. Vete a la cama. Ahora te subo algo caliente.

—Ya te he dicho que no quiero nada —dijo—. Ya me lleno yo el termo de agua caliente. Solo te pido una cosa. Que te acuerdes de apagar todas las luces antes de subir. —Giró en el pasillo con los hombros hundidos.

—¿Seguro que tampoco un vaso de leche calentita?... —empezó a decir él mientras se quitaba el abrigo, y al hacerlo la mitad rasgada de la entrada del cine cayó del bolsillo al suelo. Ella la vio. No dijo nada. Tosió de nuevo y empezó a arrastrarse escaleras arriba.

A la mañana siguiente tenía treinta y nueve y medio de fiebre. Vino el médico y dijo que tenía neumonía. Midge preguntó si podía ir a un ala privada del hospital rural, porque tener una enfermera en casa le daría mucho trabajo. Aquello fue el martes por la mañana. Fue directa al hospital, y el viernes por la tarde le dijeron que seguramente su mujer no sobreviviría a la noche. Después de

aquello, se quedó en la habitación, observándola tendida en esa cama impersonal, con el corazón encogido por la pena, porque, cómo no, le habían puesto demasiadas almohadas, estaba demasiado erguida y así no había forma de que pudiera descansar. Le había llevado flores, pero ahora le parecía un sinsentido dárselas a la enfermera para que las pusiera en agua, porque Midge estaba tan enferma que no podía ni mirarlas. Con cierta delicadeza, las dejó en una mesa junto a la ventana mientras la enfermera se inclinaba hacia ella.

—¿Necesita alguna cosa? —dijo él—. O sea, no me cuesta...

No terminó la frase, la dejó en el aire, confiando en que la enfermera entendería su intención: que estaba dispuesto a ir en coche adonde fuese, traer lo que le hiciera falta.

La enfermera meneó la cabeza.

—Le avisaremos por teléfono —dijo— si hay algún cambio.

¿Qué cambio podría haber?, se preguntó cuando estuvo fuera del hospital. Aquel rostro blanco y encogido sobre las almohadas no se alteraría ya, no pertenecía a nadie.

Midge murió en las primeras horas de la mañana del sábado.

No era un hombre religioso, no creía en la vida eterna, pero cuando terminó el funeral y enterraron a Midge, se angustió al pensar en la soledad de su pobre cuerpo tendido en aquel ataúd nuevo con asas de bronce: le pareció una grosería intolerable. La muerte debía ser otra cosa. Debía ser como despedirse de alguien en un andén antes de un largo viaje, pero sin la tensión. Tenía algo de indecente correr a enterrar algo que, de no ser por un infortunio, sería una persona llena de vida. Con aquella angustia, creyó oír a Midge decir con un suspiro «Ay, en fin...» mientras bajaban el ataúd a la tumba abierta.

Tuvo la ferviente esperanza de que, después de todo, hubiera un futuro en algún paraíso invisible y que la pobre Midge, ajena a lo que se estaba haciendo con sus restos mortales, pasara por verdes pastos en alguna parte. Pero ¿con quién?, se preguntó. Sus padres murieron en India hacía muchos años; no tendría muchas

cosas en común con ellos, en caso de que se los encontrara en las puertas del cielo. De repente la imaginó esperando su turno en una cola, bastante atrás, como siempre le pasaba con las colas, con aquella enorme bolsa de la compra de esparto que llevaba a todas partes, y en la cara ese gesto resignado de mártir. Cuando pasó por el torno y entró en el paraíso, lo miró con reproche.

Aquellas imágenes, la del ataúd y la de la cola, lo acompañaron durante una semana, y cada día se desdibujaban un poco más. Después la olvidó. La libertad era suya, y también la casa soleada y vacía, y el invierno fresco y resplandeciente. La rutina que siguió era suya y solo suya. No había vuelto a pensar en Midge hasta aquella mañana, cuando miró el manzano.

Más avanzado el día, mientras daba un paseo por el jardín, la curiosidad lo atrajo hacia el árbol. A fin de cuentas, solo habían sido imaginaciones estúpidas. No tenía nada de particular. Un manzano como otro cualquiera. Entonces recordó que siempre había sido un árbol más débil que los demás, que de hecho estaba más que medio muerto y que una vez se habló de talarlo, pero la conversación acabó en nada. Bueno, ya tenía algo que hacer el fin de semana. Talar un árbol con un hacha era un ejercicio sano y la madera de manzano olía fenomenal. Le vendría muy bien para la chimenea.

Desgraciadamente, después de aquel día el mal tiempo duró casi una semana, y no pudo llevar a cabo la tarea que se había propuesto. Carecía de sentido trastear fuera con aquel tiempo, y encima resfriarse. Aun así, se fijaba en el árbol desde la ventana de su cuarto. Empezaba a irritarlo, ahí encorvado, lacio y flaco, bajo la lluvia. No hacía frío, y la lluvia que caía sobre el jardín era fina y suave. Ninguno de los otros árboles presentaba aquel aspecto tan abatido. Había un árbol joven —lo plantaron hacía pocos años, lo recordaba bien— que crecía a la derecha del viejo y se alzaba recto y firme; sus ramas jóvenes y flexibles se elevaban hacia el cielo y parecía que disfrutaran de la lluvia. Lo observó desde la ventana y sonrió. ¿Por qué demonios se había acordado de pronto de aquel

incidente, hacía años, durante la guerra, con aquella chica que vino a trabajar unos meses la tierra de la granja vecina? Hacía meses que no se acordaba de ella. Además, no había pasado nada. Los fines de semana él también ayudaba en la granja (tareas de guerra, en cierto modo) y ella siempre estaba allí, risueña y guapa y sonriente; tenía el pelo oscuro y rizado, crespo y como de chico, y la piel como una manzana inmadura.

Siempre tenía ganas de verla, los sábados y domingos; era un antídoto contra los inevitables boletines informativos que Midge le presentaba durante el día y la incesante cháchara sobre la guerra. Le gustaba observar a aquella niña —no era más que eso, tenía diecinueve años o así—, con sus bombachos finos y sus camisas alegres; y cuando sonreía era como si abrazara al mundo.

Nunca supo bien cómo ocurrió, fue una nimiedad, pero una tarde estaba en el cobertizo arreglando algo del tractor, inclinado sobre el motor, y ella estaba a su lado, cerca de su hombro, y los dos reían; y se volvió para coger un trapo con el que limpiar una bujía y de repente la tenía en sus brazos y estaba besándola. Fue un instante feliz, espontáneo y libre, y la chica era tan cálida y alegre, y su boca joven y fresca. Siguieron trabajando en el tractor, pero ahora los unía una especie de intimidad que los llenaba de dicha y de paz. Cuando la chica tuvo que irse para dar de comer a los cerdos, salió con ella del cobertizo con la mano en su hombro, un gesto despreocupado que en realidad no significaba nada, media caricia; y cuando salieron al jardín vio a Midge allí de pie, mirándolos.

—Tengo que ir a una reunión de la Cruz Roja —dijo—. Soy incapaz de arrancar el coche. Te he llamado. Pero por lo visto no me has oído.

Midge tenía el gesto helado. Estaba mirando a la chica. Al instante lo envolvió la culpa. La chica dio risueña las buenas tardes a Midge y cruzó el jardín hacia la porqueriza.

Acompañó a Midge hasta el coche y logró arrancarlo con la palanca. Midge le dio las gracias con voz inexpresiva. Se vio incapaz

de mirarla a los ojos. Aquello, por entonces, era adulterio. Era pecado. Saldría en la segunda página de un periódico dominical: «Marido intima con joven granjera en un cobertizo. Su mujer fue testigo». Las manos le temblaban cuando volvió a la casa, y tuvo que servirse una copa. Nunca llegaron a hablar de aquello. Midge jamás mencionó el asunto. Una cobardía instintiva hizo que no se acercara a la granja el fin de semana siguiente, y más tarde se enteró de que la madre de la chica había enfermado y le habían pedido que regresara a casa.

No volvió a verla. ¿Por qué se había acordado de ella de repente, un día como aquel, mientras contemplaba la lluvia caer sobre los manzanos?, se preguntó. Debía tomarse en serio lo de talar ese viejo árbol, sin duda, aunque solo fuese para que el arbolito recio recibiera más sol; no era justo que tuviera que crecer tan pegado al otro.

El viernes por la tarde rodeó el huerto en busca de Willis, un jardinero que iba tres días a la semana, para pagarle. Quería, además, pasarse por el cuarto de herramientas y ver si el hacha y el serrucho estaban en condiciones. Willis lo tenía todo limpio y ordenado —se notaba la mano de Midge—, y el hacha y el serrucho estaban colgados en el lugar de costumbre en la pared.

Pagó a Willis y, al darse la vuelta para marcharse, el jardinero dijo de repente:

—¿No es curioso, señor, lo del viejo manzano?

El comentario fue tan inesperado que lo dejó conmocionado. Sintió cómo cambiaba de color.

—¿El manzano? ¿Qué manzano? —dijo.

—Caray, ese que está al fondo, cerca de la terraza —respondió Willis—. Lleva sin dar fruta desde que trabajo aquí, y de eso hace ya varios años. Ni una manzana, ni una ramita de flores siquiera. Íbamos a talarlo aquel invierno tan frío, no sé si lo recuerda, y al final no lo hicimos. En fin, pues parece que se ha recuperado. ¿No se ha dado cuenta? —El jardinero lo observaba sonriente, con una mirada perspicaz.

¿A qué se refería aquel tipo? Era imposible que también a él le hubiese sorprendido ese parecido inaudito y fantasioso... No, era impensable, indecente, blasfemo; además, había tomado una decisión y no iba a replanteársela.

—No he notado nada —dijo, a la defensiva.

Willis rio.

—Acompáñeme a la terraza, señor —dijo—. Se lo enseñaré.

Fueron juntos hacia el jardín en pendiente, y cuando llegaron al manzano Willis levantó la mano y bajó una de las ramas que quedaban a su alcance. Crujió un poco, por rigidez y terquedad se diría, y Willis sacudió parte del liquen seco y dejó al descubierto brotes puntiagudos.

—Fíjese, señor —dijo—, está echando renuevos. Mire, tóquelos. Aún tiene vida, y más que de sobra. Nunca vi cosa igual. Mire, en esa rama también. —Soltó la primera y se ladeó a por otra.

Willis tenía razón, había brotes en abundancia, pero eran tan pequeños y marrones que apenas le parecieron dignos del nombre, eran más bien imperfecciones de la rama, grisácea y reseca. Se metió las manos en los bolsillos. Tocarlos le producía una rara sensación de asco.

—No creo que lleguen a mucho —dijo.

—No sé, señor —dijo Willis—, yo tengo esperanzas. Ha aguantado el invierno, y si no vienen malas heladas quién sabe lo que puede pasar. Sería gracioso ver florecer el viejo manzano. Incluso dará fruta. —Dio unas palmadas al tronco, un gesto a la vez familiar y de afecto.

El dueño del manzano se alejó. Por algún motivo, Willis lo irritaba. Cualquiera pensaría que el puñetero árbol estaba vivo. Y encima sus planes de talar el árbol ese fin de semana iban a quedar en nada.

—Le quita luz al más joven —dijo—. Está claro que medraría mejor si nos deshiciéramos del otro y le diéramos más espacio...

Se acercó al árbol joven y tocó una rama. No había líquenes. Los tallos eran tersos. Había brotes en cada ramita, espiralados y prietos. Soltó la rama, que, resiliente, se enderezó con un latigazo.